

# El suicidio como fenómeno social

Extracto del Libro *El suicidio* de Émile Durkheim

México DF: Ediciones Coyoacán, 1994

Las condiciones individuales, de las que se podría a priori suponer que depende el suicidio, son de dos clases.

Tenemos, por lo pronto, la situación exterior en que se encuentra colocado el agente. Los hombres que se matan, o han sufrido disgustos de familia o decepciones de amor propio, o han sido víctimas de la miseria o de la enfermedad, o tienen que reprocharse alguna falta moral, etc., etc. Pero ya hemos visto que estas particularidades individuales no podrían duplicar el porcentaje social de los suicidios, porque éste varía en proporciones considerables, mientras que las diversas combinaciones de circunstancias que sirven también de antecedentes inmediatos a los suicidios particulares, guardan poco más o menos la misma relativa frecuencia. Y es porque ellas no son las causas determinantes del acto a que preceden. El papel importante que desempeñan en la deliberación, no es una prueba de su eficacia. Se sabe en efecto, que las deliberaciones humanas, tales como se ofrecen a la conciencia refleja, no son, a menudo más que pura fórmula y no tienen otro objeto que corroborar una solución ya tomada. Por razones que la conciencia no conoce.

Por otra parte, las circunstancias que pasan como causa del suicidio, porque le acompañan con bastante frecuencia, son casi infinitas en número. Uno se mata en la abundancia, otro en la pobreza; uno era desgraciado en su hogar, otro acababa de romper, por el divorcio, un casamiento que lo hacía infu-  
nado. Aquí, un soldado renuncia a la vida a consecuencia de haber sido castigado por una falta que no cometió, allí un criminal cuyo delito ha quedado impune se mata. Los más diversos acontecimientos de la vida y hasta los más contradictorios pueden igualmente servir de pretexto al suicidio. Pero ninguno de ellos es causa específica. ¿Podríamos al menos atribuir esta causalidad a los caracteres que son comunes a todos? ¿Existen estos caracteres? Todo lo más que puede decirse es que consisten en contrariedades, en disgustos, pero sin que sea posible determinar qué intensidad debe alcanzar el dolor para tener esta trágica consecuencia. No hay descontento en la vida, por insignificante que sea, del que se puede decir por

adelantado que no podrá en ningún caso hacer la existencia intolerable: no hay tampoco ninguno que necesariamente produzca este efecto. Veremos algunos hombres resistir espantosos dolores, mientras otros se suicidan por ligeras molestias. Y, por otra parte, hemos señalado que los individuos que más sufren no son los que más se matan. Es más bien el excesivo bienestar el que arma al hombre contra sí mismo. Es en las épocas y en las clases donde la vida es menos ruda, donde se deshacen de ella más fácilmente. Al menos, si verdaderamente sucede que la situación personal de la víctima es la causa eficiente de su resolución, ocurre así en casos ciertamente muy raros y, por consiguiente, no se sabría explicar por ellos el porcentaje social de los suicidios.

Resulta, también, que los mismos que han atribuido la mayor influencia a las condiciones individuales, las han buscado menos en los incidentes exteriores que en la naturaleza intrínseca del sujeto, es decir, en su constitución biológica y entre las concomitancias físicas de que depende. El suicidio ha sido presentado como el producto de cierto temperamento, como un episodio de la neurastenia, sometido a la acción de los mismos factores que ella. Mas nosotros no hemos descubierto ninguna relación inmediata y regular entre la neurastenia y el proceso social de los suicidios. Hasta sucede que estos dos hechos varían en razón inversa el uno del otro y que el uno está en su mínimo en el mismo momento y en los mismos lugares en que el otro alcanza su máximo. No hemos encontrado mayores relaciones definidas entre el movimiento de los suicidios y los estados del medio físico que se reputan como de más fuerte influencia sobre el sistema nervioso, como la raza, el clima, la temperatura. Es que, si el neurópata puede en ciertas condiciones, manifestar alguna disposición por el suicidio, no está predestinado necesariamente a matarse; y la acción de los factores cósmicos no basta para determinar en este sentido preciso las tendencias muy generales de su naturaleza.

Completamente distintos son los resultados que hemos obtenido cuando, dejando de lado al individuo, hemos buscado

en la naturaleza de las sociedades mismas, las causas de la aptitud que cada una de ellas tiene por el suicidio. Tan equivocadas y dudosas eran las relaciones del suicidio con los hechos del orden biológico y del orden físico, como son inmediatas y constantes con ciertos estados del medio social. Esta vez nos hemos encontrado, por fin, en presencia de verdaderas leyes, que nos han permitido ensayar una clasificación metódica de los tipos de suicidios. Las causas sociológicas que hemos determinado así, nos han explicado hasta estas consecuencias diversas que se han atribuido a menudo a la influencia de causas materiales y donde se ha querido ver una prueba de esta influencia. Si la mujer se mata mucho menos que el hombre, es porque participa mucho menos que él en la vida colectiva; y siente, pues, menos fuertemente su influencia, buena o mala. Lo mismo ocurre con el viejo y el niño, aunque por otras razones. En fin, si el suicidio crece de enero a junio, para disminuir en seguida, es que la actividad social pasa por las mismas variaciones de estación. Es, pues, natural que los diferentes efectos que ella produce, estén sometidos al mismo ritmo y, por consecuencia sean más marcados durante el primero de estos dos períodos, y el suicidio es uno de ellos.

De todos estos hechos resulta que la cifra social de los suicidios no se explica más que sociológicamente. Es la constitución moral de la sociedad la que fija en cada instante el contingente de las muertes voluntarias. Existe pues, para cada pueblo una fuerza colectiva, de una energía determinada, que impulsa a los hombres a matarse. Los actos que el paciente lleva a cabo y que, a primera vista: parecen expresar tan sólo su temperamento personal, son, en realidad, la consecuencia y prolongación de un estado social, que ellos manifiestan exteriormente.

Así se encuentra resuelta la cuestión que nos hemos planteado al principio de este trabajo. No es una metáfora decir que cada sociedad humana tiene para el suicidio una aptitud más o menos pronunciada; la expresión se funda en la naturaleza de las cosas. Cada grupo social tiene realmente por este acto una inclinación colectiva que le es propia y de la que proceden las inclinaciones individuales; de ningún modo nace de éstas. Lo que la constituye son esas corrientes de egoísmo, de altruismo y de anomia que influyen en la sociedad examinada con las tendencias a la melancolía lánguida o al renunciamiento colectivo o al cansancio exasperado, que son sus consecuencias. Son esas tendencias de la colectividad las que, penetrando en los individuos, los impulsan a matarse. En cuanto

a los acontecimientos privados, que pasan generalmente por ser las causas próximas del suicidio, no tienen otra acción que la que les prestan las disposiciones morales de la víctima, eco del estado moral de la sociedad. Para explicarse su despego de la existencia, el individuo se basa en las circunstancias que le envuelven más inmediatamente; encuentra la vida triste porque él es triste.

Sin duda, en cierto sentido, su tristeza le viene de fuera, Pero no de tal o cual incidente de su carrera, sino del grupo de que forma parte. He aquí por qué no hay nada que no pueda servir de causa ocasional al suicidio. Todo depende de la intensidad con que las causas suicidógenas han actuado sobre el individuo.

(...)

De ordinario, cuando se habla de tendencias o de pasiones colectivas, se está inclinado a no ver en esas excepciones más que metáforas y maneras de hablar, que no designan nada real, salvo una especie de promedio entre cierto número de estados individuales. Se rehúsa considerarlas como cosas, como fuerzas *sui géneris*, que dominan las conciencias particulares. Tal es, sin embargo, su naturaleza; y esto es lo que la estadística del suicidio demuestra brillantemente. Los individuos que componen una sociedad cambian de un año a otro; y, sin embargo, el número de los suicidios es igual, en tanto que la sociedad misma no cambia. La población de París se renueva con una extrema rapidez; sin embargo, la parte de París en el conjunto de los suicidios franceses continúa siendo constante. Aunque algunos años bastan para que el efectivo del ejército esté enteramente transformado, el porcentaje de los suicidios militares no varía, para una misma nación, sino con una extrema lentitud; en todos los países, la vida colectiva evoluciona según el mismo ritmo en el curso del año: crece de enero a julio para menguar luego. Así, aunque los miembros de las diversas sociedades europeas pertenezcan a tipos medios muy diferentes los unos de los otros, las variaciones por estación y por meses de los suicidios, tienen lugar en todas partes, siguiendo idéntica ley. Del mismo modo, cualquiera que sea la diversidad de los humores individuales, la relación entre la aptitud de los casados para el suicidio y la de los viudos y viudas, es exactamente la misma en los grupos sociales más diferentes, por la sola razón de que el estado moral de la viudez sostiene en todas partes la misma relación con la constitución moral propia al matrimonio. Las causas que fijan el contingen-

te de las muertes voluntarias para una sociedad o una parte de sociedad determinada, deben ser, pues, independientes de los individuos, puesto que guardan la misma intensidad cualesquiera que sean los sujetos particulares sobre los que se ejerce su acción. Se dirá que es el género de vida el que, siempre el mismo, produce los mismos efectos. Sin duda, pero un género de vida es alguna cosa y es preciso que se explique su constancia. Si se mantiene invariable, cuando sin cesar se producen cambios en las existencias de los que lo practican, es imposible que proceda de ellos toda su realidad.

(...)

Las tendencias colectivas tienen una existencia que les es propia; son fuerzas tan reales como las fuerzas cósmicas, aun cuando sean de otra naturaleza; actúan igualmente sobre el individuo de fuera, aunque esto ocurra por otros medios. Lo que permite afirmar que la realidad de las primeras no es inferior a la de las segundas, es que se prueba de la misma manera, es decir, por la constancia de sus efectos. Cuando comprobamos que el número de fallecimientos varía muy poco de un año a otro, nos explicamos esta regularidad diciendo que la mortalidad depende del clima, de la temperatura, de la

naturaleza del suelo, en una palabra, de cierto número de fuerzas materiales que, siendo independientes de los individuos, permanecen constantes cuando las generaciones cambian. Por consiguiente, puesto que actos morales como el suicidio se reproducen con una uniformidad, no solamente igual, sino superior, debemos del mismo modo admitir que dependen de fuerzas exteriores a los individuos. Sólo que, como esas fuerzas no pueden ser más que morales y fuera del hombre individual no hay en el mundo más ser moral que la sociedad, es preciso que sean sociales. Pero, cualquiera que sea el nombre que se les dé, lo que importa es reconocer su realidad y concebirlas como un conjunto de energías que nos determinan desde fuera a obrar, como hacen las energías físico-químicas, cuya acción sufrimos. De tal modo son cosas *sui géne-*

*ris* y no entidades verbales que se les puede medir y hasta comparar su magnitud relativa, como se hace con la intensidad de las corrientes eléctricas o de los focos luminosos. Así, esta proposición fundamental de que los hechos sociales con objetivos, proposición que hemos tenido ocasión de sentar en otra obra, y que consideramos como el principio del método sociológico, encuentra en la estadística moral, y sobre todo en la del suicidio, una prueba nueva y particularmente demostrativa. Sin duda, ella choca al sentido común. Pero todas las veces que la ciencia ha venido a revelar a los hombres la existencia de una fuerza ignorada, se ha encontrado la incredulidad. Como es preciso modificar el sistema de las ideas recibidas para dar lugar al nuevo orden de cosas y construir nuevos conceptos,

los espíritus resisten perezosamente. Sin embargo, es preciso entenderse. Si la sociología existe, no puede ser más que el estudio de un mundo aún desconocido, diferente de los que exploran las otras ciencias. Y este mundo no es nada si no es un sistema de realidades.

Pero precisamente porque choca con los prejuicios tradicionales, esta concepción ha provocado objeciones a las que nos es preciso contestar.

En primer lugar, ella implica que las tendencias, así como los pensamientos colectivos, son de otra naturaleza que las tendencias y los pensamientos individuales; que los primeros tienen caracteres que no poseen los segundos. Sin embargo, se dirá, ¿cómo es posible, puesto que en la sociedad sólo hay individuos? Pero, teniendo esto en cuenta, precisaría decir que no hay nada en la naturaleza viviente más que en la materia bruta, puesto que la célula está exclusivamente hecha de átomos que no viven. Del mismo modo es muy cierto que la sociedad no comprende otras fuerzas actuantes que las de los individuos; sólo que los individuos, al unirse, forman un ser psíquico de una especie nueva que, por consiguiente, tiene su manera propia de pensar y de sentir. Sin duda, las propiedades elementales de donde resulta el hecho social, están contenidas en germen en los espíritus



Gerard Van Honthorst, La muerte de Séneca, 1590.

particulares. Pero el hecho social no sale de estos sino cuando aquellas han sido transformadas por la asociación, puesto que solamente en este momento es cuando aparece. La asociación es también, un factor activo que produce efectos especiales. Resulta por sí misma algo nuevo. Cuando las conciencias, en vez de permanecer aisladas unas de otras, se agrupan y se combinan, hay algo cambiado en el mundo. Desde luego, es natural que este cambio produzca otros, que esta novedad engendre otras novedades, que aparezcan fenómenos cuyas propiedades características no se encuentran en los elementos de que se componen.

El único medio de contradecir esta proposición, sería admitir que un todo es cualitativamente idéntico a la suma de sus partes, que en un efecto es cualitativamente reducible a la suma de las causas que lo han engendrado; lo que equivaldría a negar todo cambio o a hacerlo inexplicable. Se ha llegado, sin embargo, hasta sostener esta tesis extrema, pero no se han encontrado para defenderla más que dos razones verdaderamente extraordinarias. Se ha dicho, primero, que «en sociología tenemos, por un principio singular, el conocimiento íntimo del elemento que es nuestra conciencia individual, tan bien como del compuesto que es el conjunto de las conciencias»; segundo, que, por esta doble introspección «comprobamos claramente que, separando lo individual, lo social no es nada».

La primera aseveración es una negación atrevida de toda la psicología contemporánea. Se está hoy de acuerdo en reconocer que la vida psíquica, lejos de poder ser conocida por una visión inmediata, tiene por el contrario, profundas interioridades donde el sentido íntimo no penetra y que sólo alcanzaremos poco a poco por vías indirectas y complejas, análogas a las que emplean las ciencias del mundo exterior. Es preciso, pues, que la naturaleza de la conciencia quede en lo sucesivo sin misterios. En cuanto a la segunda proposición, es puramente arbitraria. El autor puede afirmar que, siguiendo su impresión personal, no hay nada real en la sociedad más que lo que viene del individuo, pero, para apoyar esta afirmación faltan pruebas, y la discusión, por consiguiente, es imposible. ¡Sería tan fácil oponer a este sentimiento el sentimiento contrario de un gran número de individuos, que se representan a la sociedad, no como la forma que toma espontáneamente la naturaleza individual, expandiéndose hacia fuera, sino como una fuerza antagonica que les limita y contrae la que luchan! ¿Qué decir, por lo demás, de esta intuición por la que conoceríamos directa-

mente y sin intermediario, no tan sólo el elemento, o sea el individuo, sino también el compuesto, o sea la sociedad? Si verdaderamente bastase con abrir los ojos y mirar bien para percibir en seguida las leyes del mundo social, la sociología sería inútil, o, al menos, muy sencilla. Desgraciadamente, los hechos muestran más de lo suficiente, cuán incompetente es la conciencia en la materia. Nunca hubiese llegado por sí misma a sospechar esta necesidad que vuelve a traer todos los años, en el mismo número, los fenómenos demográficos, si no hubiese estado advertida desde fuera. Con mucha más razón es incapaz, reducida a sus fuerzas, de descubrir sus causas.

Pero, al separar así la vida social de la vida individual, no queremos decir de ningún modo, que no tenga nada de psíquica. Es evidente, al contrario, que esté hecha esencialmente de representaciones. Sólo que las representaciones colectivas son de una naturaleza completamente distinta de las del individuo. No vemos ningún inconveniente en que se diga de la sociología, que es una psicología, si se tiene cuidado de añadir que la psicología social tiene sus leyes propias, que no son las de psicología individual. Un ejemplo acabaría de hacer comprender nuestro pensamiento. De ordinario se dan como origen a la religión, las impresiones de temor o de deferencia que inspiran a los individuos conscientes, seres misteriosos y temibles; desde este punto de vista aparece como el desenvolvimiento de estados individuales y de sentimientos privados. Pero esta explicación simplista no tiene relación con los hechos. Basta observar que, en el reino animal, donde la vida social es siempre muy rudimentaria, la institución religiosa es desconocida, que no se observa nunca más que allí donde existe una organización colectiva, que cambia según la naturaleza de las sociedades, para que se pueda deducir que los hombres sólo en grupo, piensan religiosamente. Nunca el individuo se habría elevado a la idea de unas fuerzas que le sobrepasan tan infinitamente, a él y a todo lo que le rodea, si no hubiese conocido más que a él mismo y al universo psíquico. Ni aun las grandes fuerzas naturales con las que esta en relación, habrían podido sugerirle su noción; porque en el origen, estaba lejos de saber cómo hoy, hasta qué punto le dominan; creía, por el contrario, poder, en ciertas condiciones, disponer de ellas a su voluntad. Es la ciencia la que le ha enseñado cuán inferior es a ellas. La potencia que se ha impuesto así a su respeto y que se ha convertido en el objeto de su adoración, es la sociedad, de la que los dioses sólo fueron la for-

ma hipostática. La religión, es, en definitiva, el sistema de símbolos por los que la sociedad toma conciencia de sí misma, la manera de pensar propia al ser colectivo. He aquí, pues, un vasto conjunto de estados mentales, que no se habrían producido si las conciencias particulares no estuviesen unidas; que resultan de esta unión y que se han sobreañadido a los que derivan de las naturalezas individuales. Por muy minuciosamente que se quieran analizar estas últimas, jamás se descubrirá nada que explique cómo se han fundado y desarrollado esas creencias y esas prácticas singulares de donde ha nacido el totemismo, cómo ha salido de él el naturismo, cómo el naturismo ha venido a ser, aquí la religión de Jehová, allí el politeísmo de los griegos y de los romanos, etc. Todo lo que queremos decir, cuando afirmamos la heterogeneidad de lo social y de lo individual, es que las observaciones precedentes se aplican, no solamente a la religión, sino también al derecho, a la moral, a las modas, a las instituciones políticas, a las prácticas pedagógicas, etc., en una palabra, a todas las formas de la vida colectiva.

Pero se nos ha hecho otra objeción que puede parecer más grave a primera vista. No hemos admitido solamente que los estados sociales difieren cualitativamente de los estados individuales, sino también que son, en cierto sentido, exteriores al individuo. Hasta no tememos comparar esta exterioridad a la de las fuerzas físicas. Y se ha dicho, puesto que no hay nada en la sociedad más que individuos, ¿cómo podrá existir algo fuera de ellos?

Si la objeción fuera fundada, estaríamos en presencia de una antinomia. Porque es preciso no perder de vista lo que se ha sentado precedentemente. Puesto que el promedio de gente que se mata cada año no forma un grupo natural, puesto que no están en comunicación unos con otros, el número constante de los suicidios no puede ser debido más que a la acción de una misma causa que domina a los individuos y que les sobrevive. La fuerza que hace la unidad de haz formado por la multitud de casos particulares, esparcidos sobre la superficie del territorio, debe necesariamente estar fuera de cada uno de ellos. Si fuera pues, realmente imposible que actuase desde el exterior, el problema sería insoluble. Pero la imposibilidad sólo es aparente.

Y por lo pronto no es cierto que la sociedad sólo esté compuesta de individuos: comprende también cosas materiales y que desempeñan un papel importante en la vida común. El he-

cho social se materializa muchas veces hasta llegar a ser un elemento del mundo exterior. Por ejemplo, un tipo determinado de arquitectura es un fenómeno social; está encarnada en parte en las casas, en los edificios de toda especie, que, una vez contruidos, se hacen realidades autónomas, independientes de los individuos. Así ocurre con las vías de comunicación y de transporte, con los instrumentos y máquinas empleadas en la industria o en la vida privada y que expresan el estado de la técnica en cada momento de la historia, con el lenguaje escrito, etcétera. La vida social que se ha como cristalizado y fijado sobre soportes materiales, se encuentra pues, por esto mismo, exteriorizada, y es desde fuera desde donde obra sobre nosotros. Las vías de comunicación que han sido contruidas antes de nosotros, imprimen a la marcha de nuestros asuntos una dirección determinada, según que nos pongan en comunicación con tales o cuales países. El niño forma su gusto al ponerse en contacto con los movimientos del gusto nacional, legados por las generaciones anteriores. Hasta muchas veces se ven desaparecer en el olvido estos monumentos durante siglos y después, un día, cuando las naciones que los habrán elevado, se han extinguido desde mucho tiempo antes, reaparecen a la luz y recomienzan, en el seno de nuevas sociedades, una nueva existencia. Esto es lo que caracteriza el fenómeno, muy particular, que se llama los renacimientos. Un renacimiento es vida social que, después de haber permanecido largo tiempo latente, se despierta de pronto y viene a cambiar la orientación intelectual y moral de pueblos que no habrían concurrido a elaborarla. Es indudable que no podría reanimarse si no se encontrasen allí conciencias vivientes para recibir su acción; pero de otro lado estas conciencias habrían pensado y sentido de muy otro modo si esta acción no se hubiese producido.

La misma observación se aplica a esas fórmulas definidas en que se condensan, sea los dogmas de la fe, sea los preceptos del derecho, cuando se fijan exteriormente bajo una forma consagrada. Seguramente, por bien redactadas que puedan estar serían letra muerta si no hubiera nadie para recogerlas y ponerlas en practica. Pero, si no se bastan ellas, no dejan de ser factores *sui generis* de la actividad social. Porque tienen un modo de acción que les es propio. Las relaciones jurídicas no son las mismas en absoluto, según que el derecho sea o no escrito. Donde existe un código constituido, la jurisprudencia es más regular, pero menos flexible, la legislación más uniforme, pero también más inmutable. Sabe peor apro-

piarse a la diversidad de los casos particulares y opone más resistencia a los intentos de los innovadores. Las formas materiales que reviste no son, pues, simples combinaciones verbales sin eficacia, sino realidades actuantes, puesto que de ellas resultan efectos que no tendrían lugar si no existiesen. Y sin embargo, no tan sólo son ellas exteriores a las conciencias individuales, sino que esta exterioridad es la que forma sus caracteres específicos. Porque están menos al alcance de los individuos, es por lo que éstos pueden más difícilmente acomodarse a las circunstancias; la misma causa es la que los hace más refractarios a los cambios.

Con todo, es incontestable que toda la conciencia social no llega íntegramente a exteriorizarse y a materializarse así. Toda la estética nacional no está en las obras que inspira; toda la moral no se formula en preceptos definidos. La mayor parte permanece difusa. Hay una vida colectiva que está en libertad; toda clase de corrientes, van, vienen, circulan en varias direcciones, se cruzan y se mezclan de mil maneras diferentes, y, precisamente porque se encuentran en un perpetuo estado de movilidad, no llegan a concretarse en una forma objetiva. Hoy, es un viento de tristeza y de decaimiento el que sopla sobre la sociedad; mañana, por el contrario, un impulso de alegre confianza vendrá a levantar los corazones. Durante cierto tiempo todo el grupo es arrastrado hacia el individualismo; viene otro período y son las aspiraciones sociales y filantrópicas las que se tornan preponderantes. Ayer todo era cosmopolitismo, hoy es el patriotismo lo que prevalece. Y todas éstas, todos estos flujos y todos estos reflujos, tienen lugar sin que los preceptos cardinales del derecho y de la moral, inmovilizados en sus formas hieráticas, sean ni siquiera modificados. Por otra parte, estos preceptos mismos no hacen más que expresar toda una vida subyacente de que forman parte; son el resultado de ella, pero no la suprimen. A base de todas estas máximas hay sentimientos actuales y vivos que esas fórmulas reúnen, pero de los que no son más que la envoltura superficial. Ellas no despertarán ningún eco, si no correspondiesen a emociones y a impresiones concretas, esparcidas en la sociedad. Aunque les atribuímos una realidad, no soñamos con hacer de ellas toda la realidad moral. Esto sería tomar el signo por la cosa significada. Un signo es seguramente algo; no es una especie de epifenómeno subrogatorio; se sabe hoy el papel que juega en el desenvolvimiento intelectual. Pero, al fin, no es más que un signo.

Pero no porque esta vida carezca de un suficiente grado de

consistencia para fijarla deja de tener el mismo carácter que esos preceptos formulados de que hablábamos ha poco. Ella es exterior a cada individuo medio, tomado separadamente. Ocurre, por ejemplo, que un gran peligro público determina una erupción del sentimiento patriótico. Resulta de ello un impulso colectivo en virtud del cual, la sociedad, en su conjunto, siente como un axioma que los intereses particulares, hasta los que pasan de ordinario por los más respetables, deben desaparecer completamente ante el interés común. Y el principio no se enuncia solamente como una especie de desiderátum; si es necesario se le aplica a la letra. ¡Observad en el mismo momento el promedio de los individuos! Encontraréis en un gran número de ellos algo de ese estado moral, pero infinitamente atenuado. Son raros los que, aun en tiempo de guerra, están dispuestos a hacer espontáneamente una entera abdicación de sí mismos. Así, pues, de todas las conciencias particulares que componen la gran masa de la nación, no hay ninguna respecto de la cual, la corriente colectiva no sea exterior, casi en su totalidad, puesto que cada una de ellas no la contiene sino en una parte.

Se puede hacer la misma observación a propósito de los sentimientos morales más estables y más fundamentales. Por ejemplo, toda sociedad tiene por la vida del hombre en general un respeto, cuya intensidad está determinada y puede medirse según la gravedad relativa de las penas asignadas al homicidio. De otro lado, el hombre medio no deja de tener en sí algo de este mismo sentimiento, pero en un grado bastante menor y de muy otra manera que la sociedad. Para darse cuenta de esta distinción, basta comparar la emoción que puede causarnos individualmente la vista del asesino y el espectáculo mismo del asesinato, y la que se apodera en las mismas circunstancias de las multitudes reunidas. Se sabe a qué extremos se dejan arrastrar, si no se les resiste nada. Es que, en este caso, la cólera es colectiva. La misma diferencia se encuentra en cada instante entre la manera cómo la sociedad se resiente de estos atentados y la forma en que afectan a los individuos; por consiguiente, entre la forma individual y la forma social del sentimiento que ofenden. La indignación social es de tal energía, que no queda muy a menudo satisfecha, sino por la expiación suprema. Para nosotros, si la víctima es un desconocido o un indiferente, si el autor del crimen no vive en nuestra sociedad y, por consiguiente, no constituye para nosotros una amenaza personal, aun encontrando justo

que el acto sea castigado, no estamos bastante emocionados para experimentar una verdadera necesidad de vengarlo. No daremos ni un paso para descubrir al culpable; nos repugnaré hasta entregarle. La cosa no cambia de aspecto más que si la opinión pública, como se dice, se ha encargado del asunto. Entonces nos hacemos más exigentes y más activos. Pero es la opinión la que habla por nuestra boca: obramos bajo la presión de la colectividad y no como individuos.

Hasta es más frecuente que la distancia entre el estado social y sus repercusiones individuales sea más considerable. En el caso precedente, el sentimiento colectivo, al individualizarse, guardaba, al menos, en la mayoría de los individuos, bastante fuerza para oponerse a los actos que lo ofenden; el horror de la sangre humana está hoy profundamente arraigado en la generalidad de las conciencias para prevenir la eclosión de ideas homicidas. Pero la simple sustracción, el fraude silencioso y sin violencia, están lejos de inspirarnos la misma repulsa. No son muy numerosos los que tienen para los derechos de otro un respeto suficiente para ahogar en su germen todo deseo de enriquecimiento injusto. No es que la educación no desarrolle cierto alejamiento de todo acto contrario a la equidad. ¡Pero qué distancia entre ese sentimiento vago, vacilante, siempre dispuesto a los compromisos, y la deshonra categórica, sin reserva y sin reticencia, que la sociedad inflige al robo bajo todas sus formas! Y qué diremos de tantos otros deberes que aún tienen menos raíces en el hombre ordinario, como el que nos ordena contribuir con nuestra parte equitativa a los gastos públicos, el de no defraudar al fisco, el de no evitar hábilmente el servicio militar, el de cumplir lealmente nuestros contratos, etc., etc. Si, sobre todos estos puntos, la moralidad no estuviese asegurada más que por los sentimientos vacilantes que contienen las conciencias medias, sería singularmente precaria.

Es, pues, un error fundamental el confundir, como se ha hecho tantas veces, el tipo colectivo de una sociedad con el tipo medio de los individuos que la componen. El hombre medio es de una moralidad muy mediocre. Las máximas más esenciales de la ética sólo están grabadas en él con escasa fuerza, y aún están lejos de revestir la precisión y la autoridad que tienen en el tipo colectivo, es decir, en el conjunto de la sociedad. Esta confusión, que Quetelet precisamente ha cometido, hace de la génesis de la moral un problema incomprensible. Porque, puesto que el individuo es, en general, de tal mediocridad,

¿cómo ha podido constituirse una moral que le sobrepasa en tal punto, si no expresa más que el promedio de los temperamentos individuales? Lo más no podría, sin un milagro, nacer de lo menos. Si la conciencia común no es otra cosa que la conciencia más general, no puede elevarse por encima del nivel vulgar. Pero entonces ¿de dónde vienen esos preceptos elevados y netamente imperativos que la sociedad se esfuerza en inculcar a sus hijos y cuyo respeto impone a sus miembros? No sin razón, las religiones, y, siguiendo sus pasos, tantas filosofías, consideran que la moral no puede tener toda su realidad más que en Dios. Es que el pálido e incompleto esbozo que de ella contienen las conciencias individuales no puede ser considerado como el tipo original. Hace más bien el efecto de una reproducción infiel y grosera, cuyo modelo, desde luego, debe existir en alguna parte de los individuos. Por eso, la imaginación popular, con su simplismo ordinario, lo realiza en Dios. La ciencia, sin duda, no podría detenerse en esta concepción, que ni siquiera ha de conocer. Sólo que si se la separa, no queda ya otra alternativa que la de dejar a la moral en el aire e inexplicada, o la de hacer de ella un sistema de estados colectivos. O no procede de nada que esté en el mundo de la experiencia o procede de la sociedad. No puede existir más que en una conciencia; si no es en la del individuo, será en la del grupo. Pero entonces es preciso admitir que la segunda, lejos de confundirse con la conciencia media, la desborda por todas partes.

La observación confirma, pues, la hipótesis. De una parte, la regularidad de los datos estadísticos implica que existen tendencias colectivas, exteriores a los individuos; de otra, en un número considerable de casos importantes podemos directamente comprobar esta exterioridad. Ella no tiene, por otra parte, nada de sorprendente para cualquiera que haya reconocido la heterogeneidad de los estados individuales y de los estados sociales. En efecto, por definición, los segundos no pueden venirnos a cada uno más que de fuera, puesto que no se derivan de nuestras predisposiciones personales; se forman de elementos que nos son extraños, expresan algo que no está en nosotros mismos. Sin duda, en la medida en que sólo éramos un todo con el grupo y vivíamos de su vida, estamos abiertos a su influencia; pero inversamente, en tanto que tenemos una personalidad distinta de la suya, le somos refractarios y tratamos de escaparle.

Y como no hay nada que no lleve concurrentemente esta doble existencia, cada uno de nosotros está animado a la vez

de un doble movimiento. Nos hallamos arrastrados en el sentido social y tendemos a seguir la inclinación de nuestra naturaleza. El resto de la sociedad pasa, pues, sobre nosotros para contener nuestras tendencias centrífugas, y nosotros concurrimos, por nuestra parte, a pasar sobre el prójimo, con el fin de neutralizar las suyas. Sufrimos nosotros mismos la presión que ejercen unos sobre los otros. Dos fuerzas antagónicas están en presencia.

La una viene de la colectividad y trata de apoderarse del individuo; la otra proviene del individuo y rechaza a la precedente. Es cierto que la primera es muy superior a la segunda, puesto que es debida a una combinación de todas las fuerzas particulares; pero como encuentra tantas resistencias como sujetos particulares hay, se desgasta en parte en estas luchas múltiples y no nos penetra más que desfigurada y debilitada. Cuando es muy intensa, cuando las circunstancias que la ponen en acción tornan con frecuencia, puede todavía marcar con bastante

intensidad las constituciones individuales; inserta en ellas estados de cierta vivacidad, y que, una vez organizados, funcionan con la espontaneidad del instinto; es lo que sucede con las ideas morales más esenciales. Pero la mayor parte de las corrientes sociales, o son muy débiles, o no están en contacto con nosotros más que de una manera intermitente para que

puedan criar profundas raíces; su acción es superficial. Por consiguiente, restan totalmente externos. Así, el medio de calcular un elemento cualquiera del tipo colectivo, no es el de medir la magnitud que tengan en las conciencias individuales y sacar el promedio de todas estas medidas; es más bien la suma la que habría que hacer. Aun este procedimiento de evaluación estaría muy por debajo de la realidad, porque no se

obtendría más que el sentimiento social, disminuido en todo lo que ha perdido al individualizarse.

Ha habido, pues, alguna ligereza al tachar nuestra concepción de escolástica y al reprocharle que dé por fundamento a los fenómenos sociales no sé qué principio vital de un género nuevo. Aunque no rehusamos admitir que tengan por sustrato la conciencia del individuo, les asignamos otro: el que forman, al unirse y combinarse, todas las conciencias individuales. Este sustrato no tiene nada de substancial ni de ontológico, puesto que no es otra cosa que un todo compuesto de

partes. Pero no deja de ser real, como los elementos que lo componen; y como no están constituidos de otra manera también ellos son contrapuestos. En efecto, se sabe hoy que el yo es la resultante de una multitud de conciencias sin yo; que cada una de estas conciencias elementales es, a su vez, el producto de unidades vitales sin conciencia, del mismo modo que



cada unidad vital es ella misma, debida a una asociación de partículas inanimadas.

Así, pues, si el psicólogo y el biólogo consideran, con razón, como bien fundados los fenómenos que estudian, sólo porque están ligados a una combinación de elementos de orden inmediatamente inferior, ¿por qué pasaría otra cosa en sociología? Sólo podrían juzgar insuficiente tal base los que no han renunciado a la hipótesis de una fuerza vital o de un alma substancial. Así que nada es menos extraño que esta proposición, de la que se ha creído un deber escandalizarse. Una creencia o una práctica social es susceptible de existir con independencia de sus expresiones individuales. Evidentemente, que no queremos decir con esto que la sociedad es posible sin individuos, absurdo manifiesto del que no se nos imputará ni la sospecha. Sino que entendemos: 1º, que el grupo formado por los individuos asociados es una realidad de especie distinta que cada individuo tomado separadamente; 2º, que los estados colectivos existen en el grupo de la naturaleza de que se derivan, antes de afectar al individuo como tal y de organizar en él, bajo una forma nueva, una existencia puramente interior.

Esta forma de comprender las relaciones del individuo con la sociedad recuerda, por otra parte, la idea que los zoólogos contemporáneos tienden a hacerse de las relaciones que sostiene igualmente con la especie o la raza. La teoría, muy sencilla, según la cual la especie no sería sino un individuo perpetuado en el tiempo y generalizado en el espacio, está cada vez más abandonada. Viene, en efecto, a chocar con el hecho de que las variaciones que se producen en un individuo aislado, no se hacen específicas sino en casos muy raros y tal vez dudosos. Los caracteres distintivos de la raza no cambian en el individuo más que cuando cambian en la raza en general. Esta tendría, quizá, alguna realidad, de donde procederían las formas diversas que toma en los seres particulares, lejos de ser una generalización de estos últimos. Sin duda, no podemos considerar esas doctrinas como definitivamente demostradas. Pero nos basta hacer ver que nuestras concepciones sociológicas, sin ser prestadas por otro orden de investigaciones, no dejan, sin embargo, de tener analogías en las ciencias positivas.

Apliquemos estas ideas a la cuestión del suicidio; la solución que hemos dado al principio de este capítulo tomará mayor precisión.

No hay idea moral que no combine en proporciones variables, según las sociedades, el egoísmo, el altruismo y una cierta anomia. Porque la vida social supone a la vez, que el individuo tiene cierta personalidad; que está dispuesto, si la comunidad lo exige, a abandonarla; y que está abierto, en cierta medida, a las ideas del progreso. Por eso no hay pueblo donde no coexistan esas tres corrientes de opinión, que inclinan al hombre en tres direcciones diferentes y hasta contradictorias. Donde se atemperan mutuamente, el agente moral está en estado de equilibrio, que le pone al abrigo contra toda idea del suicidio. Pero si una de ellas llega a sobrepasar un cierto grado de intensidad en detrimento de las otras, por las razones expuestas, al individualizarse, se hace suicidógena.

Naturalmente, cuanto más fuerte es, tanto más sujetos contamina, bastando suficientemente para determinarlos al suicidio, y viceversa. Pero esta intensidad no puede depender más que de las tres especies de causas siguientes: 1º, la naturaleza de los individuos que componen la sociedad; 2º, la manera como están asociados, es decir, la naturaleza de la organización social; 3º, los acontecimientos pasajeros que perturban el funcionamiento de la vida colectiva, sin alterar su constitución anatómica, como las crisis nacionales, económicas, etc. En cuanto a las propiedades individuales sólo pueden desempeñar un papel aquellas que se encuentren en todos. Porque las que son estrictamente personales o no pertenecen más que a pequeñas minorías, se anegan en la masa de los demás; además, como difieren entre ellas, se neutralizan y se borran mutuamente en el curso de la elaboración de que resulta el fenómeno colectivo. Así, pues, sólo los caracteres generales de la humanidad pueden ser de algún efecto. Ahora bien, estos son casi inmutables; al menos, para que puedan cambiar, no son bastantes los pocos siglos que puede durar una nación. Por consiguiente, las condiciones sociales de que depende el número de suicidios son las únicas, en virtud de las cuales, puede el suicidio variar; porque son las únicas que son invariables. He aquí: el fenómeno permanece constante, en tanto que la sociedad no se modifica. Esta constancia no procede de que el estado de espíritu generador del suicidio se encuentre, por un azar ignorado, albergado por un determinado número de particulares, que lo transmiten por una razón, que tampoco se sabe, a un cierto número de imitadores. Pero es que las causas impersonales que le han dado nacimiento son las mismas. Es que no ha venido nada a modificar la manera de agruparse

las unidades sociales, ni la naturaleza de su consensus. Las acciones y reacciones que cambian entre sí, continúan idénticas, y por ello, las ideas y los sentimientos que de ellas se desprenden no pueden variar.

Sin embargo, es muy raro, si no imposible, que una de esas corrientes llegue a ejercer tal preponderancia sobre todos los puntos de la sociedad. Siempre es dentro de medios restringidos, donde encuentra condiciones particularmente favorables a su desarrollo, donde alcanza su grado de energía. Son determinadas condiciones sociales, y profesiones o confesiones religiosas las que le estimulan más especialmente. Así se explica el doble carácter del suicidio. Cuando se le considera en sus manifestaciones exteriores se está tentado de ver sólo en él una serie de acontecimientos independientes unos de otros, porque se produce sobre puntos separados, sin relaciones visibles entre sí. Y, sin embargo, la suma formada por todos los casos particulares reunidos, tiene su unidad y su individualidad, puesto que la cifra social de los suicidios es un rasgo distintivo de cada personalidad colectiva. Es que, si esos medios particulares, donde se produce con poca frecuencia, son distintos los unos de los otros, fermentando de mil maneras sobre toda la extensión del territorio; están, sin embargo, estrechamente ligados entre sí, como son partes de un mismo todo y como órganos de un mismo organismo. El estado en que se encuentra cada uno de ellos, depende, pues, del estado general de la sociedad; hay una íntima solidaridad entre el grado de virulencia que en él alcanza, tal o cual tendencia y la intimidad que tiene en el conjunto del cuerpo social. El altruismo es más o menos violento en el ejército, según lo que lo sea en la población civil; el individualismo intelectual está tanto más desarrollado y es tanto más fecundo en suicidios en los medios protestantes, cuanto más pronunciado esté en el resto de la nación, etc. Todo guarda relación.

Pero si, exceptuada la locura, no hay estado individual que pueda considerarse como un factor determinante del suicidio, parece, sin embargo, que un sentimiento colectivo no pueda penetrar en los individuos cuando sean absolutamente refractarios a él. Se podría, pues, creer incompleta la explicación precedente, en tanto que no se determine como en el momento y en los medios precisos donde las corrientes suicidógenas se desenvuelven, unos y otros encuentran ante ellos un número suficiente de individuos accesibles a su influencia.

Pero, aun suponiendo que, verdaderamente, ese concurso

sea siempre necesario y que una tendencia colectiva no pueda imponerse a los particulares, independientemente de toda predisposición previa, esta armonía se realiza por sí misma; porque las causas que determinan la corriente social actúan al mismo tiempo sobre los individuos y les ponen en disposición conveniente para que se presten a la acción colectiva. Hay entre estos dos órdenes de factores un parentesco natural, por lo mismo que dependen de una misma causa y que la expresan y es por la que cambian y se adaptan mutuamente. La hipercivilización que da nacimiento a la tendencia anómica y a la tendencia egoísta tiene, también, por efecto, afinar los sistemas nerviosos, hacerlos excesivamente delicados; por lo mismo son menos capaces de entregarse con constancia a un objeto definido, más impacientes de toda disciplina, más accesibles a la irritación violenta y a la decepción exagerada. Inversamente, la cultura grosera y ruda que implica el altruismo excesivo de los primitivos facilita la renunciación. En una palabra, como la sociedad hace, en gran parte, al individuo, en la misma medida lo forma a su imagen. La materia que necesita no podría faltarle porque se la ha preparado, por decirlo así, con sus propias manos.

Es posible representarse ahora, con más precisión, cuál es el papel de los factores individuales en la génesis del suicidio. Si en un mismo medio moral, por ejemplo; en una misma confesión, en un mismo cuerpo de ejército o en una misma profesión, son atacados tales individuos y no tales otros, es, sin duda, a lo menos en general, porque la constitución mental de los primeros, tal como la han hecho la naturaleza y los elementos, ofrece menos resistencia a la corriente suicidógena. Pero si estas condiciones pueden contribuir a determinar los sujetos particulares en que se encarna esa corriente, no es de ellas de quien dependen sus caracteres distintivos ni su intensidad. No es porque haya muchos neurasténicos en un grupo social por lo que anualmente se cometen tantos suicidios. La neurastenia hace tan sólo que sucumban unos con preferencia a otros. De aquí es de donde proviene la gran diferencia que separa el punto de vista del clínico del sociólogo. El primero se encuentra siempre enfrente de casos particulares, aislados los unos de los otros. Comprueba que, muy a menudo, la víctima es un nervioso o un alcohólico y explica por uno u otro de estos estados psicopáticos el acto cometido. Tiene razón, en cierto sentido; porque si el sujeto se ha matado y no lo han hecho sus prójimos, frecuentemente es por ese motivo. Mas

no es por ese motivo por el que, en general, hay gentes que se matan, y sobre todo por el que se matan, en cada sociedad un número definido por periodo de tiempo determinado. La causa productora del fenómeno escapa necesariamente a quien no observe más que individuos, porque esté fuera de ellos. Para descubrirla, es preciso elevarse por encima de los suicidios particulares y percibir lo que produce su unidad. Se objetara que si no hubiese suficientes neurasténicos, las causas sociales no podrían producir todos sus efectos. Pero no hay sociedad donde las diferentes formas de la degeneración nerviosa no provean al suicidio de más candidatos que los necesarios. Y sólo son llamados a él unos determinados, si se puede decir así. Son los que, por las circunstancias, se han encontrado más próximos a las corrientes pesimistas y, por consiguiente, han sufrido más por completo su acción.

Pero queda por resolver una última cuestión. Si cada año cuenta un número igual de suicidios, es porque la corriente no ataca de una vez a todos los que puede y debe atacar. Los sujetos a los que ha de alcanzar el año próximo, existen desde ahora; desde ahora también, están en su mayoría mezclados a la vida colectiva y, por consiguiente, sometidos a su influencia. ¿Por qué los conserva provisionalmente? Se comprende, sin duda, que le sea necesario un año para producir la totalidad de

su acción; porque como las condiciones de la actividad social no son las mismas, de acuerdo con las estaciones, cambia también, en los diferentes momentos del año, de intensidad y de dirección. Sólo cuando la revolución anual está cumplida, tienen lugar todas las combinaciones de circunstancias, en cuya virtud es susceptible de variar esa corriente. Pero, puesto que el año siguiente, por hipótesis, no hace más que repetir al que le precede y volver a traer las mismas combinaciones, ¿por qué no ha bastado el primero?

Creemos que lo que explica esta temporización es la manera que tiene de obrar el tiempo sobre la tendencia al suicidio. Es su factor auxiliar, pero importante. Sabemos, en efecto, que ésta crece sin interrupción desde la juventud a la madurez, y que es, a menudo, diez veces más fuerte hacia el fin de la vida que al principio. Por tanto, la fuerza colectiva que impele al hombre a matarse no le penetra más que poco a poco. En igualdad de circunstancias, a medida que avanza en edad, es cuando se hace más accesible, sin duda porque hacen falta repetidas experiencias para llevarle a sentir todo el vacío de una existencia egoísta o toda la vanidad de las ambiciones sin término. Esta es la razón de por qué los suicidas no cumplen su destino más que por etapas sucesivas de las generaciones.